

§ 252

**La concomitancia del cuerpo y de la sangre
eucarísticos de Cristo**

1. Todos los sacramentos contienen la realidad salvífica que su signo externo simboliza, ni más ni menos. La Eucaristía se distingue de los demás sacramentos en esto. Lo que el signo externo simboliza y, por tanto, obra, es el cuerpo y la sangre de Cristo. La Eucaristía es el sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo. Así se la definió por lo general en la antigüedad cristiana. Por razón de su esencia sacramental no contiene la Eucaristía nada más que el cuerpo y la sangre del Señor, esto bajo la especie del pan al cuerpo, y bajo la apariencia de vino la sangre. La transustanciación apunta una vez al cuerpo y la otra a la sangre de Cristo. El signo externo, por cuya posición tiene lugar la transustanciación, fundamenta por tanto una separación real de cuerpo y sangre bajo las apariencias de pan y de vino. Esta separación es sacramental, en cuanto que sólo afecta a la existencia sacramental de Cristo, pero no a la natural. Si afectara también a la existencia natural se habría dado Cristo muerte a sí mismo al instituir la Eucaristía. *Pero en el orden sacramental es real; aunque la Eucaristía, por razón de su carácter sacramental, sólo contiene bajo la apariencia del pan el cuerpo, y sólo la sangre bajo la apariencia de vino, está, sin embargo, Cristo, todo y entero, presente realmente bajo cada una de las figuras.*

2. El Concilio de Trento ha definido que en la Eucaristía está presente Cristo, todo y entero, bajo cada una de las especies (Sesión XIII, can. 1). El canon tercero afirma: "Si alguno negare que en el venerable sacramento de la Eucaristía se contiene Cristo entero bajo cada una de las especies y bajo cada una de las partes de cualquiera de las especies hecha la separación, sea anatema" (D. 885). Véase además el capítulo 3, D. 876 y la Declaración del Concilio de Constanza, D. 626 y el Decreto para los Armenios, D. 698.

3. Para la inteligencia de la definición conciliar hay que tener en cuenta lo siguiente: Por la transustanciación se hace presente inmediata y ante todo la esencia del cuerpo y de la sangre de Cristo.

La transustanciación no altera el ser natural del cuerpo y de la sangre de Cristo (aunque se hagan presentes sacramentalmente el cuerpo y la sangre de Cristo). El cuerpo y la sangre de Cristo están presentes en el altar en aquel estado en que Cristo vive glorioso en el cielo. Cristo vive en la gloria del Padre, esto es, en un estado impasible. El cuerpo y la sangre de Cristo no pueden ser separados entre sí. Cuando en la Eucaristía se hace presente el cuerpo de Cristo, se hace presente aquel cuerpo, que está unido por unión natural con la sangre. Cuando por la virtud de las palabras consecratorias pronunciadas sobre el cáliz se hace presente la sangre de Cristo, se hace presente la sangre que está unida con unión natural con el cuerpo. Porque el cuerpo y la sangre de Cristo que están en el altar son los mismos que están en el cielo, están rodeados y envueltos realmente cada uno de ellos de todo lo que en el cielo rodea y envuelve la persona de Cristo. Tanto el cuerpo como la sangre están envueltos de gloria y esplendor. El sacramento eucarístico, en cuanto que es sacramento, nada tiene que ver con este acompañamiento, con esta concomitancia. Puede pasar sin ello. El sacramento sólo es lo que el signo simboliza. Pero el simbolismo se refiere solamente al cuerpo y a la sangre. A causa de la unión natural y de la concomitancia por las que las partes de Cristo, el Señor, resucitado de entre los muertos y que no morirá ya jamás, están unidas entre sí (Concilio de Trento, sesión XIII, cap. 3), la actualización del cuerpo trae consigo y obra la actualización de la sangre, y la actualización de la sangre trae consigo también la actualización del cuerpo; a su vez, la actualización del cuerpo y de la sangre traen consigo la actualización del alma y del Logos, por cuya virtud existe la naturaleza humana de Cristo. Desde el siglo XIII distingue la teología entre la realidad que está presente en la Eucaristía por razón del signo sacramental o del sacramento o de la transustanciación (*vi verborum, vi sacramenti, vi conversionis*), y las realidades que están presentes por razón de la concomitancia natural. Esta distinción es de no desdeñable importancia para la inteligencia de la Eucaristía. Especialmente resulta importante para una recta explicación del sacrificio eucarístico. “*Vi sacramenti*” sólo está presente el cuerpo y la sangre de Cristo respectivamente. El Logos está presente en virtud de la unión hipostática, esto es, no en virtud de la natural unión con el cuerpo de Cristo. El alma de Cristo está presente en virtud de la “natural concomitancia”.

4. Aunque en virtud de la natural unión de todas las partes de un mismo Cristo vivo esté presente Cristo, todo e íntegro, bajo cada una de las especies, no es superflua la actualización bajo las dos especies. Santo Tomás de Aquino explica que “todo Cristo está en las dos especies, y no en vano. En primer lugar está así para representar su pasión, en la que la sangre estuvo separada del cuerpo; por eso en la forma de la consagración de la sangre se hace mención de su efusión” (*Suma Teológica* III, q. 76, art. 2 ad 1). La separación real del cuerpo y de la sangre de Cristo, que tiene lugar en el orden sacramental, permanece a pesar de la presencia de Cristo, todo e íntegro, en la natural unión de todas las partes en Cristo, en cuanto que todo Cristo se hace presente una vez por medio de su cuerpo, la otra por medio de su sangre. El cuerpo y la sangre se revelan, por así decirlo, en un velo glorioso, siendo ellos mismos un velo el uno para el otro. Pero esto no suprime la separación que realmente se realiza en el orden sacramental.

5. La presencia de todo Cristo fué comprendida en todo su alcance por primera vez a finales del milenio y a comienzos del segundo milenio. Ciertamente que no falta esta creencia en la antigüedad cristiana. Más aún, la presencia de todo Cristo está insinuada en la Escritura. En las palabras institucionales se habla, es verdad, sólo del cuerpo y de la sangre de Cristo. También en el sermón de la promesa habla el Señor solamente de la comunión de su carne y de su sangre. Tanto en la promesa como en la institución del sacramento eucarístico se acentúa la presencia del cuerpo y de la sangre de Cristo. Pero en el sermón de la promesa ha señalado la comunión de su cuerpo y de su sangre como el comer todo su ser. Además, las palabras “cuerpo” y “sangre” significan, como ya hemos visto, en la lengua hebrea y lo mismo en arameo, en cada caso, a todo el hombre en su realidad concreta (cfr. § 248, VI). En la *Didache* encontramos la creencia de que en la Eucaristía el mismo Cristo se allega a su comunidad. Justino atestigua que el Logos es invocado para que descienda sobre los elementos para su transformación. Ambrosio explicó que Cristo está presente en la Eucaristía (*De mysteriis* 9, 58). San Hilario (*De Trinitate* 8, 13) y más tarde Cirilo de Alejandría (*Explicación al evangelio de San Juan* 6, 35) acentúan fuertemente que el comer la carne y la sangre de Cristo en la Eucaristía significa la incorporación real a la persona humano-divina del Señor. Pero en general el pensamiento de que en la Eucaristía esté presente el Cristo viviente está pospuesto a la creencia de que están

presentes la carne y la sangre de Cristo. Se celebraba la Eucaristía, sobre todo como memoria de la pasión del Señor en forma de banquete. A causa de esta concepción eucarística sumamente “realística” no se llegó a desarrollar a lo largo del primer milenio una piedad eucarística fuera del sacrificio. Gran influjo ejerció en todo ello San Agustín, en cuya teología no cabía la idea de un encuentro personal inmediato con Cristo presente en la Eucaristía (cfr. § 248, VI). Para él, como vimos, la carne de Cristo era el medio para alcanzar la participación en el espíritu de Cristo y la comunidad vital con la eterna Palabra del Padre. Radberto estableció el principio de que en el cáliz no bebemos otra cosa que la sangre y en el pan no comemos otra cosa que el cuerpo de Cristo. Para Lanfranco la recepción del cuerpo y de la sangre de Cristo es la ocasión de que todo Cristo entre en el alma del que comulga. La fe de que bajo cada una de las especies está presente Cristo entero, fué enseñada claramente por primera vez en una epístola del siglo XII, escrita en el círculo de Anselmo de Laonia (PL 159, 255).